

VERDAD Y EXPLICACION

Fernando BRONCANO*

ABSTRACT

Truth is an epistemological concept that sometimes is claimed to have explanatory strength. It is argued, within a realistic view about causality and explanation, that concepts must represent naturalistic properties in order to have explanatory power. The eliminativistic theories about truth fail to account the use of predicate "truth" in explanatory contexts. Many antirealistic explanations of truth are reconstructed in order to sustain that thesis. Specially, we focuss on the minimalist theory of truth. As we argue, we cannot eliminate the predicate "truth" in some of the most relevant contexts of science and daily life.

Usos explicativos y no explicativos de la verdad

En los viejos tiempos del positivismo lógico algunos filósofos declararon inútil el concepto de verdad y con él la tarea de desarrollar una teoría de la verdad. En nuestros días, la proclamación de la idea de verdad como reliquia histórica de la cultura judeo-cristiana, obsesionada por la pregunta de Pilatos, es algo en lo que han llegado a coincidir los positivistas con los postmodernos de raíces nietzscheanas como Derrida, Rorty y otros. Frente a ellos, la filosofía del realismo —del realismo naturalista para ser más precisos— ha seguido defendiendo en minoría que la idea de verdad no es, pese a todos, ni una reliquia metafísica ni un artefacto sintáctico del lenguaje para indicarnos un ascenso en la referencia. Por el contrario, hay varios dominios en los que no podemos prescindir del concepto de verdad, entendiéndolo en un sentido más fuerte y con un contenido más rico que el propuesto por quienes pretenden reducirlo a su instancia favorita. En todos estos contextos la idea de verdad ejerce una función explicativa de la que no puede abdicar en favor de algún otro sucedáneo.

Antes de introducirnos en los dominios estrictamente explicativos encontramos un primer dominio de carácter teleológico, por no decir ya moral. Es el dominio de los objetivos y valores internos de la ciencia: *no podemos entender el objetivo de la investigación, y con ello el mismo fundamento de la institución científica, prescindiendo de la verdad como valor irreductible a otros*. Algunos filósofos y sociólogos han propuesto considerar que lo verdadero se reduce al conjunto de los resultados de la investigación desarrollada por comunidades científicas serias y apoyados por la sociedad y sus instituciones públicas. Quienes piensan que la verdad la determinan las comunidades científicas, o simplemente las instituciones de mayor peso cultural

en cada sociedad, reducen la verdad a relaciones de poder internas a dichas comunidades, e incluso a meras relaciones de poder. El objetivo social de la investigación habría invertido el lema baconiano de que el saber es poder; el poder se habría convertido en saber. Esta teoría es muy objetable desde el punto de vista filosófico, pero desde el punto de vista histórico es simplemente falsa. Los objetivos de la investigación pueden haber sido prácticos en sus orígenes o motivaciones primeras, pero no lo son el curso de los procesos de investigación, puede que un investigador, o toda una comunidad, esté o haya estado interesado en adquirir más poder o prestigio, lo que al final cuenta es que la fuente de su deseado prestigio es la calidad de los resultados de sus investigaciones, no importa que sean las propias comunidades las que fijen los niveles de calidad. La verdad, pese a los pesimistas, es uno de los objetivos y valores que motivan el trabajo de las instituciones de investigación¹. Y en tanto que valor último que controla una buena parte del trabajo social, demanda una explicación que ninguna reducción es capaz de dar.

El segundo contexto en el que la verdad aparece como entidad necesaria es la propia investigación y aplicación científica y tecnológica: la verdad de las teorías científicas es una propiedad que tenemos que usar para explicar el éxito tecnológico y predictivo de la ciencia². Son muchos los historiadores que se han preguntado cómo y por qué fue posible el proceso histórico calificado como "milagro europeo", proceso que conduce desde la Revolución Científica de los siglos XVII y XVIII a la Revolución Industrial de los siglos XIX y XX. No son pocos los historiadores que dan una explicación puramente económica del proceso: aquellas sociedades que generaron mecanismos capitalistas generaron también las condiciones para la innovación permanente como motor social. El conocimiento se convierte en un negocio, aunque sea a medio plazo, y la innovación en un mecanismo de mercado. Este círculo de influencias habría sido el motor del milagro europeo. La explicación que sustenta el desarrollo de la ciencia en la presión de las necesidades económicas es tan vieja como el programa baconiano y cartesiano que acompañaron al nacimiento de la ciencia: el "saber es poder" se convirtió en el lema propagandístico de la ciencia, lo que contribuyó decisivamente a su extensión como institución social. Por mi parte no dudo de que esta explicación contiene una gran dosis de verdad. Al menos coincide con los resultados históricos: sólo las sociedades que integraron la investigación de los mecanismos de mercado desarrollaron la ciencia y la tecnología. Concedamos que desde el punto de vista del historiador, del economista, e incluso del político, la teoría sea suficiente. Desde mi punto de vista, sin embargo, es observable una grave insuficiencia en esta teoría: es incapaz de insertar el conocimiento, y el conocimiento científico en particular, en un contexto más amplio que el de los procesos sociales. Me refiero al contexto ecológico del que forman parte las sociedades en el seno del proceso de la historia evolutiva del planeta. Desde este punto de vista queda sin explicar el propio hecho del éxito tecnológico como un hecho visible dentro de la historia natural. ¿Por qué tuvo éxito la tecnología?, ¿cuál es la explicación de la propia eficacia de los sistemas tecnológicos?. En la teoría económica, en particular

VERDAD Y EXPLICACION

en la explicación que dio Marx del proceso, la respuesta es que el éxito de la tecnología proviene de la inserción de la ciencia en la industria, de la conversión de la investigación científica en fuerza de producción. Pero no hemos ganado mucho con esta nueva explicación, porque lo que estamos preguntando es la razón de la contribución de la ciencia al éxito tecnológico.

Estamos considerando la ciencia en una dimensión ecológica y no simplemente social, y la razón es que, de hecho, es un fenómeno que puede ser observado a escala evolutiva. La aparición de los instrumentos del lenguaje oral, del lenguaje escrito y de la ciencia son sucesivos estadios que pueden ser considerados como cambios de carácter estructural en la historia natural. Por otro lado, una de las aportaciones de las ciencias cognitivas a la cultura contemporánea es que permite la inserción del conocimiento en el orden causal del mundo, abandonando uno de los últimos reductos de antropomorfismo, que hemos heredado, curiosamente, de nuestra tradición racionalista e ilustrada.

Pues bien, lo que hace de la epistemología del realismo científico una hipótesis interesante, más allá de su significado filosófico, es que se promueve una respuesta a la cuestión del papel del conocimiento: la respuesta es que la verdad de nuestras representaciones y la fiabilidad derivada de nuestros métodos explica el éxito evolutivo de la ciencia en forma de su aplicación tecnológica.

Un tercer contexto en el que la verdad aparece como un predicado irreducible es el de la teoría de la acción. No ya el éxito de la ciencia como empresa social, sino el más simple éxito de las acciones intencionales es explicado, otras cosas iguales, por la verdad de las creencias que necesitamos para el diseño de nuestros planes de acción. La teoría de la acción es una parte de la descripción manifiesta de nuestras señas de identidad, como tal pertenece al campo del conocimiento cotidiano, necesario para la descripción funcional de las regularidades e instituciones psicológicas y sociológicas. Sería imposible prescindir de la verdad en la mayoría de nuestros contextos de acción social o individual. Puede que alguno sostenga la teoría cínica de que todo estriba en relaciones de poder o en valoraciones ideológicas, pero también esta teoría es falsa en el dominio de la acción. La acción racional exige, junto a otros valores no menos irreducibles que la verdad, distribuciones de probabilidad de las expectativas, sin las que sería imposible siquiera la valoración de las posibilidades. Es la verdad de las expectativas la que explica, en condiciones de igualdad de otros factores, el éxito de la actividad racional basada en creencias.

El cuarto contexto es el de la propia epistemología, supuesta en todos los demás campos que acabamos de señalar. Por referencia a la verdad podemos explicar la fiabilidad de nuestros métodos y, basándonos en dicha fiabilidad, justificar nuestras creencias como producto de esos métodos y justificar el progreso del conocimiento como resultado de la mejora de dichos métodos. Muchas epistemologías sostienen que la verdad es solamente el título honorífico que concedemos a nuestras creencias mejor justificadas, pero es difícil desarrollar una teoría coherente de la justificación si no es acudiendo a la fiabilidad que tienen nuestros métodos de justificación.

Desde un punto de vista histórico y evolutivo, además, la verdad está supuesta en el desarrollo y perfeccionamiento de tales métodos, es decir, en el aprendizaje y en el progreso metodológicos. Este aprendizaje, individual o colectivo, permite explicar el desarrollo del conocimiento en términos históricos y evolutivos y, por ello, es el fundamento de la historia social e interna de la ciencia. Richard Boyd ha argumentado que el centro de la discusión del realismo se encuentra en la explicación de la independencia de nuestros métodos respecto a nuestros esquemas conceptuales³.

El argumento del error útil

El realismo naturalista considera la verdad como una propiedad real de las representaciones que producen los sistemas cognitivos. En tanto que propiedad real puede participar en contextos explicativos como lo es el éxito de las acciones intencionales, como también lo es la propia constitución del sistema cognitivo en tanto que sistema cognitivo. Desde la perspectiva del realismo naturalista, la evolución habría seleccionado aquellos métodos y sistemas sensorios y perceptivos fiables, en el sentido de que son sistemas que producen un alto grado de creencias verdaderas⁴. El término "verdadero" denotaría, desde este punto de vista, una propiedad dotada de una estructura subyacente a su gramática superficial como término lingüístico, subyacente también a su papel intralingüístico como mecanismo de ascenso semántico. El objetivo de una teoría de la verdad debería ser, pues, la dilucidación de esta estructura. Que la verdad sea una propiedad natural de sistemas naturales es lo que explica que, como predicado, pueda aparecer como apoyo y sostén de enunciados contrafácticos como

- (1) *si los estados cognitivos de la especie S fuesen sistemáticamente falsos la especie no habría sobrevivido.*
- (2) *si la información que tenía el general hubiese sido verdadera habría ganado la batalla.*

Estos contrafácticos nos indican que la verdad introduce diferencias en el orden causal del mundo, cosa que no ocurriría (al menos no trivialmente) si la verdad fuese un predicado vicario en lugar de algún mecanismo lingüístico, o un mero título honorífico. Si desde el punto de vista realista cabe pensar que la verdad explica el éxito, tiene sentido postular que, dados dos sistemas cognitivos, tendrá mayores probabilidades de éxito aquél que disponga de los mecanismos y métodos que maximicen la verdad de sus creencias.

A este talante optimista respecto al orden de lo real opone Stephen Stich una objeción en su reciente libro *The Fragmentation of Reason*. El argumento de Stich es, expuesto en dos palabras, que hay ocasiones en las que, dadas las creencias, no es la verdadera sino la falsa la que explica el éxito. Supongamos dos creencias falsas en cierta clase de organismos –pone Stich como ejemplo⁵. La creencia de que el alimento X es venenoso y la creencia de que el alimento Y es saludable. Stich llama a la primera una falsa negativa y a la segunda una falsa positiva. En este sencillo caso,

VERDAD Y EXPLICACION

dadas las mismas circunstancias, es muy probable que sea la presencia de la creencia falsa la que permita explicar la supervivencia de los organismos que la posean en relación a los que posean la creencia, también falsa, del segundo tipo. Las creencias falsas negativas –dice Stich– son gratis y pueden ser muy útiles en la supervivencia, mientras que las falsas positivas pueden ser mortalmente caras.

La objeción de Stich no socava la idea de que las creencias verdaderas pueden resultar útiles, pero sí ataca la idea de que la verdad sea una propiedad explicativa. La razón es que no podemos encontrar condiciones necesarias y suficientes en las que la verdad sea explicativa del éxito y la falsedad del fracaso. No es difícil extender la objeción de Stich desde el contexto evolutivo a los demás contextos en los que usamos el término verdad explicativamente. Pensemos en el éxito tecnológico. La relación entre ciencia y tecnología no es de simple aplicación de la una a la otra; en no pocas ocasiones los diseños técnicos resultan de simulaciones artificiales de sistemas técnicos que no están sostenidas por teorías científicas verdaderas o falsas, es más, podría ocurrir que la simulación fuese correcta, en el sentido de constituir un instrumento predictivo adecuado para ciertos intereses prácticos, sin que fuesen verdaderos los constituyentes empleados. No es infrecuente el uso tecnológico de teorías falsas o trivialmente verdaderas, con tal de que permitan márgenes de error aceptables. Así, la astronomía precopernicana, caso paradigmático de lo falso, es un instrumento útil tecnológicamente para la navegación. En el contexto de la acción cotidiana, un caso más cercano, es habitual el empleo de recetas de psicología, sociología, biología, química y física "populares", que resultan aceptablemente útiles, en particular cuando se basan en el mecanismo de abstención que Stich llama "falsedades negativas". ¿Podremos todavía seguir defendiendo la idea de que la verdad es explicativa del éxito evolutivo y de la fiabilidad de nuestros métodos después de conocer la probable probabilidad de los errores útiles?. A pesar de la objeción de Stich podemos responder positivamente.

Ocurre con la propiedad de la verdad algo muy similar a lo que ocurre con la idea de **adaptación** en el contexto de la teoría del evolucionismo. Se trata de una idea normativa que aplicamos a los rasgos fenotípicos de los organismos insertos en nichos ecológicos, y por extensión a todo el organismo. La adaptación de estos rasgos a su medio sigue siendo una forma válida de explicar –a través del mecanismo de la variación genética y de la selección natural– la pervivencia de dichos rasgos en el organismo. Sabemos, sin embargo, que los mecanismos por los que opera la evolución son mucho más complejos que los de simple mutación al azar y selección de rasgos favorables por herencia. Como ha explicado profusa y brillantemente Stephen Gould, son los errores, más que los éxitos, la mejor prueba de la evolución: los rasgos fenotípicos tienen una relación funcional con el medio que no siempre somos capaces de describir, a menos que lo hagamos trivialmente, como el doctor Pangloss del **Cándido** de Voltaire. Pero lo más importante es que se desarrollan bajo constricciones estructurales que no dependen necesariamente de su función, de manera que no siempre la adaptación explica la supervivencia. Y sin embargo

podemos seguir hablando de la adaptación como propiedad explicativa de los rasgos fenotípicos de un organismo. La microestructura de la adaptación, a causa de la compleja dependencia que tiene de constricciones físicas que relacionan entre sí a los rasgos, y a éstos con el medio, produce que, como propiedad explicativa, actúe globalmente sobre el organismo, pero no siempre localmente, aplicada a todos y cada uno de los rasgos, componentes y funciones de aquél.

La verdad, en este mismo sentido, es una propiedad de las representaciones, bien como estados cognitivos, bien como actuaciones lingüísticas en un medio social⁶. Obsérvese, sin embargo, que las representaciones y las preferencias llegan a adquirir contenido en virtud de sus complejas relaciones funcionales con otras preferencias y con el mundo externo e interno⁷. La verdad sigue siendo una propiedad explicativa que se aplica a cuerpos de creencias, o a creencias particulares en la medida en que pertenecen a cuerpos estructurados de creencias, que actúan causalmente en la producción de la conducta. Esta concepción holística permite la utilidad local de los errores, pero no admite contrafácticos en los que errores sistemáticos sean compatibles con el éxito conductual.

La noción de cuerpo de conocimientos es perfectamente admisible: los mecanismos cognitivos mediante los que actúan las creencias suponen un rico transfondo de esquemas, habilidades, presuposiciones y actuaciones deícticas sin las que los estados mentales no llegarían a cumplir ningún rol conceptual. Son estas macrounidades las que actúan explicativamente según su verdad o falsedad para producir conductas.

Si se acepta nuestra premisa acerca de la necesidad del predicado verdad, el desarrollo de nuestro argumento consistirá en mostrar que ninguna de las teorías reduccionistas de la verdad puede dar cuenta de este carácter explicativo, que desaparece cuando el predicado "verdad" es sustituido por paráfrasis que pretenden reducirlo. Comenzaremos con una de las concepciones más interesantes de la verdad: la teoría deflacionaria o teoría de la redundancia.

La teoría deflacionaria

La teoría deflacionaria es una teoría de la no teoría de la verdad. Reduce la noción de verdad a los mecanismos lingüísticos de uso del término y explica qué es todo lo que podemos decir respecto a esta palabra. Hay varias versiones de esta teoría, la más radical, defendida por Ayer y atribuida a Ramsey⁸, considera que el predicado "verdadero" es una forma de indicar intralingüísticamente que estamos aseverando la oración a la que nos referimos usando comillas. Según una popular expresión de esta teoría, la verdad es un mecanismo lingüístico desentrecomillador. Dado el esquema de Tarski

«p» es verdadero si y sólo si p

donde «p» señala una oración del metalenguaje y p una oración del lenguaje-objeto, el teórico deflacionario sostiene que este esquema agota todo lo que se necesita para

VERDAD Y EXPLICACION

hablar de la verdad. Su teoría consiste en desarrollar el esquema aplicándolo a los diversos contextos y situaciones lingüísticas que el filósofo considera de interés. La tesis esencial que se deriva de tal manera de interpretar el esquema traskiano es que no existe ninguna estructura subyacente más allá de la función superficial que el predicado cumple en el lenguaje y, por consiguiente, no es necesaria ninguna definición de verdad, puesto que el predicado habría sido definido contextualmente por los usos expresados en todas las reformulaciones del esquema en oraciones equivalentes.

El predicado verdad podría entenderse de un modo muy similar a los cuantificadores en lógica, entendidos de forma sustitucional: no son sino símbolos para resumir un conjunto de expresiones que resultan de sustituir las variables por objetos del dominio. En alguna versión más débil de la teoría inflacionaria, cual es la defendida por P. Horwich (1990), el predicado no se aplica a oraciones, sino a proposiciones, de manera que quien capte el concepto "verdad" es también capaz de sustituir esa oración por todas sus equivalentes incluidas sus traducciones a otros lenguajes. De esta forma la teoría deflacionaria evita uno de sus más obvios problemas que es el de la paráfrasis de oraciones cuando los lenguajes son diferentes, incluidos los contextos de traducción radical. De hecho la acusación de relativismo ha sido una objeción de primera mano contra la teoría deflacionaria (Davidson (1990), Putnam (1981)) dado que la incapacidad de justificación de las traducciones deriva en ser incapaz de definir la verdad interlingüística y, por ello, intersubjetivamente. Pero la versión más débil —o mínima como Horwich la denomina— no modifica en lo esencial las tesis sustitucionales, aunque la sustitución ahora se haga sobre entidades independientes del lenguaje, como son las proposiciones⁹.

No es nuestra intención exponer en detalle la teoría deflacionaria, sino los problemas que afronta cuando se encuentra en contextos en los que se pide a la verdad un contenido explicativo. M. Williams y P. Horwich han argumentado en este sentido que el hecho de que se afirme de las creencias que son o no verdaderas no añade nada a la explicación del éxito al que colaboran como creencias. No es la verdad sino el hecho de la creencia lo que explica el éxito de la conducta. La verdad aparecería como una palabra para resumir el conjunto de las creencias que están detrás de la oración entrecomillada. Horwich parafrasea de esta forma una explicación de un contexto habitual de acción:

F cree que es más probable encontrar una cerveza en la nevera que en el horno, F desea tomarse una cerveza, F abre la nevera y coge una cerveza.

La verdad de su creencia sería, según la argumentación que estamos desarrollando, un componente esencial de la explicación de por qué tiene éxito el plan de F para conseguir una cerveza. Horwich¹⁰ reconstruye de esta forma este contexto, de manera que sigue siendo explicativo pero del que desaparece el predicado verdadero:

Supuestos

- (1) $V(!x) F$ desea x
- (2) F desea « F tiene una cerveza»
- (3) F cree « F abre la nevera $\rightarrow F$ tiene una cerveza»
- (4) $V(!x) (F$ cree x & x se menciona en (3) & x es verdad)
- (5) PREMISA PSICOLOGICA:
(F desea x & $V(!x) (F$ desea $x) \& F$ cree « $A \rightarrow x$ ») $\rightarrow A$
($A = F$ abre la nevera)
- (6) F abre la nevera (de 1,2,3,4,5)
- (7) « $A \rightarrow x$ » es verdad

Según la teoría deflacionaria tenemos:

- (8) « $A \rightarrow x$ » si y sólo si F abre la nevera $\rightarrow F$ tiene una cerveza
- (9) F abre la nevera $\rightarrow F$ tiene una cerveza (de 7,8)
- (10) F tiene una cerveza (de 6,9)
- (11) « F tiene una cerveza» es verdad sii F tiene una cerveza
(por la teoría deflacionaria)
- (12) «Tiene una cerveza es verdad» (de 10,11)
- (13) $V(!x) (F$ desea x & x es verdad)
 F consigue lo que desea

De esta manera, sustituyendo la verdad por su correlato, podemos generalizar el procedimiento y explicar que las creencias verdaderas resultan en acciones con éxito¹¹.

La respuesta realista al argumento deflacionario debe comenzar reconociendo la atracción fuerte que produce este punto de vista, particularmente en una versión tan sensata como la de Horwich. Su liberalidad es una razón no menor de tal atracción: es casi una versión literal del Principio de Tolerancia carnapiano aplicado al concepto de verdad. Recuérdese que Carnap nos recomendaba hacer filosofía de manera que los resultados pudieran ser aceptados por defensores de perspectivas metafísicas contradictorias. Porque lo cierto es que la concepción deflacionaria no impide necesariamente que más allá de ella, se sostenga una teoría sustantiva de la verdad como propiedad genuina. Desde algún punto de vista la concepción sustitucional podría establecer el uso del predicado verdad, incluyendo su uso en contextos explicativos, sin prohibir que quien lo desee desarrolle una perspectiva metafísica sobre el predicado¹².

Cuando llegamos a este punto de exposición de la teoría deflacionaria, surge de modo natural la analogía entre esta concepción y la estrategia de los filósofos empiristas en su deseo de eliminar los términos teóricos de las teorías científicas. No es casual ni traída por los pelos esta analogía, puesto que ambas concepciones nacen de un transfondo positivista. Pero al igual que ocurre con la técnicas eliminacionistas en los términos teóricos, pronto descubrimos que las reconstrucciones

VERDAD Y EXPLICACION

formales no consiguen eliminarlos sin pagar el precio de eliminar también buena parte del contenido intuitivo de las oraciones primitivas.

Así, en los contextos explicativos a los que el realista se remite para defender su noción de correspondencia, la concepción deflacionaria, en cualquiera de sus versiones, encuentra dificultades insalvables, como le ocurre cuando se enfrenta a la reconstrucción de oraciones como esta

"La mayoría de las creencias de los F son verdad, lo que explica su capacidad de supervivencia"

Aquí el teórico deflacionario que quiera realizar una reconstrucción tipo Ramsey necesita una cuantificación de segundo orden: una de primer orden sobre las creencias y una de segundo orden sobre el predicado V, que en esta oración no juega un papel de mero resumen. Necesita, en primer lugar, adscribir creencias a los individuos y necesita que el predicado V se aplique a este dominio de creencias y después, si puede, eliminar la verdad mediante un mecanismo sustitucional. G. Forbes (1986) ha recordado que en contextos en los que empleamos una cuantificación de segundo orden aplicado al predicado verdadero, no eliminamos el término mediante un mecanismo sustitucional, porque seguimos necesitando para evaluar las oraciones que sean resultado de la sustitución. Esas oraciones deben ser verdaderas para conservar el contenido de la oración primitiva. Quine, en su diccionario filosófico (Quine (1987)), una de sus obras más deliciosas, ha señalado que el mecanismo desentremillador funciona como el deflacionario dice que funciona cuando la oración a la que se aplica el término verdad está delante de nosotros, pero la afirmación realista no se aplica a tales situaciones actuales, sino a cuerpos complejos de creencias en las que las oraciones o las proposiciones sólo están mencionadas potencialmente¹³. Tal es el uso que hacemos de la verdad cuando hablamos del éxito tecnológico o de la capacidad de conseguir lo que uno quiere si tiene las creencias correctas.

El caso es que el teórico deflacionista necesita parafrasear en términos deflacionistas todas las oraciones, y no solamente las que le son favorables: no le está permitido afirmar que hay contextos en los que está mal aplicado el predicado, por mucho que tales contextos no sean todo lo transparentes desde el punto de vista formal que uno quisiera. Y además está obligado a conservar el significado primitivo bajo la traducción. Pero repárese en que cuando uno se encuentra ante el juez y promete que solamente dirá la verdad, el término no está como un mero mecanismo desentremillador, porque, como afirma Quine, no tenemos delante nada que desentremillar. La no eliminabilidad en estos contextos no es un argumento definitivo que nos lleve directamente a considerar la propiedad en el sentido realista, pero deja abierta la puerta a sostenerlo. Lo que sí entrafia es la dificultad que tiene esta concepción para mantener su posición en contextos en los que la autorreferencia del lenguaje natural es perfectamente admisible, como nos han mostrado los estudios de Kripke (1975) y Barwise y Etchemendy (1989).

Una parte de la refutación del deflacionismo es, sin embargo, mostrar que el predicado verdad no es eliminable sin grave riesgo de pérdida de significado esencial. Pero aún en el caso en que tuviera éxito mediante algún formalismo más o menos borroso, todavía podríamos seguir argumentando que las oraciones que resultan de eliminar la verdad en contextos explicativos no son genuinas explicaciones, tal como exige el realista. Supongamos que en la oración

"La verdad de X explica el éxito de Y"

sustituimos X por un conjunto grande (quizás infinito) de oraciones que tienen la forma de inferencias nómicas, tal como nos ha enseñado la reconstrucción anterior. Todavía podríamos seguir preguntándonos cómo es posible que este conjunto de enunciados produzca el hecho Y, que tiene la propiedad de ser un éxito empírico, técnico o la satisfacción de un deseo de que Y. El deflacionista no se encuentra aquí en mejor situación que el fenomenalista que ha conseguido eliminar los términos de objeto y se le pregunta por la causa de la estabilidad de los complejos de sensaciones¹⁴.

Las reducciones epistémicas del concepto de verdad

Las teorías deflacionarias conservan la verdad como algo objetivo, a pesar de haber convertido el término en un predicado que no está en lugar de ninguna propiedad. Pero a lo largo de la historia de la epistemología del siglo XX han existido otros intentos más conocidos de reducir la verdad a propiedades internas de los sistemas cognitivos. Son intentos de reducción a propiedades epistémicas, es decir, a propiedades metateóricas de las creencias, en cuanto que tienen que ver con su justificación o aceptación por el sujeto cognoscente. En todas ellas la verdad es un título honorífico que damos a las creencias que han sobrepasado con éxito nuestros controles de calidad metodológicos más duros. Las dos concepciones más extendidas y desarrolladas son las de la verdad como afirmabilidad garantizada y la de la verdad como coherencia.

I

En la primera concepción se defiende la posibilidad, en principio, de especificar de manera necesaria y suficiente las condiciones de afirmabilidad o aceptabilidad para todas las oraciones de un lenguaje o para todas las creencias posibles de un sistema cognitivo. La traducción de una oración o una creencia a todas estas condiciones es todo lo que habría que decir acerca del término verdad.

La concepción de la verdad como afirmabilidad garantizada supone una forma de fundamentalismo en cuanto que existe un cierto lecho rocoso natural de proposiciones al que nos remitimos. El supuesto esencial es la existencia de un conjunto definible de proposiciones (no necesariamente finito) que constituye lo que Dummett ha llamado la *clase reductiva* de oraciones. El verificacionismo clásico,

VERDAD Y EXPLICACION

en su versión fenomenalista o empirista, y el positivismo lógico, definían esta clase sobre propiedades observables: las oraciones observacionales a las que se reducía cualquier oración establecían las condiciones de afirmabilidad o aceptabilidad. Estas condiciones podrían definirse en términos actuales o en términos potenciales de una manera ideal, momento en el que establecen las condiciones de verdad de la oración. El verificacionismo post-wittgensteiniano, a diferencia del empirismo clásico, reposa sobre los usos lingüísticos reconocibles y aceptables por una cierta comunidad lingüística. Son estos usos los que establecen las fronteras de la justificabilidad y, por consiguiente, de la verdad. Sin embargo no se observa ninguna diferencia esencial con el verificacionismo clásico en lo que respecta a la existencia de una clase natural de proposiciones que constituiría la estructura última del sujeto, ahora colectivo, y en la cual "se doblaría nuestra pala" al realizar excavaciones lógicas con la pretensión de justificación última de las creencias¹⁵.

La posición de Carnap en "Empiricism, Semantics and Ontology", al distinguir entre el concepto metafísico, absoluto, de verdad y el concepto epistémico, que presupone la previa aceptación de un lenguaje como privilegiado, establece una fórmula canónica de la reducción epistémica del concepto de verdad. Carnap varió sus puntos de vista respecto a cuál debería ser el lenguaje admisible para establecer las condiciones de afirmabilidad, desde su etapa empirio-crítica, pasando por el fisicalismo, hasta el casi convencionalismo, por no decir ya relativismo de su última etapa. La historia de la ciencia elige y transforma el lenguaje adecuado —en esto consiste esencialmente la evolución del conocimiento— y el filósofo reconstruye las condiciones de verdad de cualquier proposición expresable en ese lenguaje haciendo transparente sus orígenes en el sustrato privilegiado.

Son muchas las críticas que se han hecho a lo largo del siglo a la reducción justificacionista del concepto de verdad, pero también en este caso debemos reconocer en su favor dos fuertes atractivos, el primero es que permite vincular de una forma muy natural la **verdad** y la **racionalidad**. Precisamente uno de los grandes problemas del realismo metafísico tradicional es cómo encontrar esta vinculación, sin la que el realismo no se diferencia del escepticismo y, para usar los términos de Putnam (1990), deja de tener "rostro humano". El segundo es la facilidad de ajuste entre el verificacionismo, en cualquiera de sus formas, con una concepción naturalista de la mente, lo que no es extraño ya que desde Berkeley los empiristas han seguido las sendas del naturalismo. La razón está en la fácil traducción de la clase reductiva a términos de constitución cognitiva de los sistemas representacionales, sean como representaciones primitivas de un Lenguaje del Pensamiento, sean otras nuevas formas de concepción de lo mental.

Pero son estas virtudes las que pronto nos muestran las insuficiencias del verificacionismo, porque **la eliminación de la función de verdad deja absolutamente sin explicación la importancia epistémica de la clase reductiva postulada**. Obsérvese que no nos está permitido intentar una explicación externa evolutiva como es lo usual. Algunos filósofos, cuando son interro-

gados acerca de la razón de por qué nuestros sistemas cognitivos tienen tal o cual estructura o por qué las propiedades observacionales son así o así, dejan en suspenso la respuesta o la dejan en manos de la teoría de la evolución. "Así estamos hechos", es lo único que cabe decir. Lo que ocurre es que no podemos explicar evolutivamente nuestros sistemas cognitivos *qua* sistemas cognitivos sin hacer uso más pronto o más tarde de algún concepto normativo como el de adaptación. No negamos que algunos filósofos de la biología como S. Gould han criticado el panglossianismo implícito en las explicaciones que acuden sistemáticamente a la adaptación de una función; no negamos tampoco que los sistemas cognitivos, tal como son estudiados por la epistemología, pudieran haber sido un epifenómeno de otros sistemas más básicos –los sensoriomotrices, por ejemplo–. Paul y Patricia Churchland son defensores conocidos de esta vía de eliminación en un contexto evolucionista de las nociones epistemológicas, como lo es la verdad. Lo cierto es que cualquier explicación evolucionista de la emergencia de sistemas cognitivos, de la propia clase natural de los sistemas cognitivos, debe ir unida a una u otra forma de *fiabilismo*. El fiabilismo es la doctrina de la justificación de las creencias que acude a la capacidad del diseño de un sistema cognitivo –de una parte suya, de un método o de un procedimiento aprendido– para producir un alto grado de creencias verdaderas en situaciones adecuadas¹⁶. En otro caso sería imposible definir un sistema cognitivo como individuo perteneciente a una clase natural de seres. Pero repárese en que ya hemos introducido la noción de verdad en sentido fuerte y no eliminable.

Así pues, las propuestas justificacionistas no son soluciones, sino que ellas mismas, en la medida en que contienen un alto grado de verdad, exigen una respuesta explicativa al modo en el que los sistemas cognitivos vinculan las condiciones de afirmabilidad a las condiciones de verdad.

II

Casi todo lo que acabamos de afirmar respecto a la reducción de la verdad a afirmabilidad se puede afirmar de quienes defienden una teoría de la verdad como coherencia real o ideal de un sistema de creencias. Tal es la concepción defendida por Neurath, a quien pertenece una de las formulaciones más radicales y primeras. Verdad, según la concepción de Neurath, no es sino consistencia lógica de un sistema de creencias¹⁷. Hempel debilita bastante el criterio de Neurath, relativizando la coherencia al sistema de creencias de una comunidad científica determinada en un momento dado¹⁸. Incluso el falsacionismo de Popper, pese a sus protestas, admitiría una versión coherentista de la verdad, una vez que la decisión de aceptar ciertos elementos como falsadores potenciales debe ser resultado de la coherencia con el trasfondo de creencias de la comunidad científica.

La coherencia, en cualquiera de las versiones, es, debemos admitirlo, una virtud metateórica que debe estar muy próxima a lo que uno consideraría como una

definición de racionalidad. Pero tampoco encontramos en el coherentismo ninguna explicación de *por qué* la coherencia y no otras virtudes. Para explicarlo necesitaríamos afirmar que la coherencia es una virtud de un sistema cognitivo que convierte a éste en mucho más fiable, desde el punto de vista de la verdad global de sus creencias; caso que nos remite a lo ya dicho sobre el verificacionismo.

Recientemente L. Bonjour (1985) y D. Davidson (1990) han propuesto una teoría coherentista en la que la noción de verdad como correspondencia y la coherencia no serían virtudes alternativas. La idea de estos autores es que la coherencia de un sistema produce una correspondencia global, aunque pueda haber creencias localmente erróneas. La posición de Bonjour y Davidson me parece esencialmente correcta, en cuanto separa la estructura de la verdad, como propiedad, de la estructura de nuestros sistemas cognitivos. Pero desgraciadamente se aproxima demasiado a una teoría de la doble verdad: una noción epistémica, para andar por casa, y una teoría filosófica sustantiva, la de la correspondencia.

La estrategia causal

Las teorías que hemos examinado hasta el momento reducen la verdad a alguna propiedad de nuestros sistemas cognitivos, tomados individualmente, considerados en grupos e instituciones o analizados como sistemas lingüísticos. Por esta razón la capacidad explicativa de la verdad tiene que ser eliminada en favor de otras instancias. En el lado contrario se encuentran aquellos filósofos para quienes el argumento explicativo solamente puede tener una respuesta, la de "fiscalizar" la verdad como propiedad que puede y debe expresarse en términos causales. La diferencia entre esta forma de reducción y las anteriores es sustancial: se trata de una concepción realista y naturalista que, por ello, concibe la verdad como una propiedad física que, en principio, podría ser reducida a otras propiedades físicas más primitivas¹⁹.

Para H. Field (1986) una teoría de la verdad se aplica a estados de pensamiento, o a preferencias lingüísticas que son causadas directamente por ellos. Su objetivo es explicar en qué consiste que una preferencia o un estado de pensamiento sean verdaderos, lo que, según Field, es equivalente a establecer de manera determinada las condiciones de verdad de tal ítem. Lo que necesitamos es el criterio tarskiano de "verdadero" en un modelo, o mejor dicho, en una interpretación, puesto que estamos refiriéndonos a lenguajes naturales, más una teoría naturalista de qué es una interpretación relevante o pretendida de ese lenguaje. La teoría de la verdad como correspondencia remite la verdad a una relación naturalística R de carácter causal que conecta sistemáticamente la estructura composicional de las preferencias o de los estados mentales con el mundo (pg 74). En su famoso trabajo de 1972 "Tarski's Theory of Truth" Field propuso reducir las condiciones de verdad de cada ítem a la referencia en una interpretación, donde la referencia podría ser fijada mediante alguna teoría causal de la información²⁰, permitiría de esta manera

explicar qué es una interpretación relevante. Una vez que tenemos determinada de manera naturalista cuál es la interpretación relevante que hace verdadera cada sentencia del lenguaje, es posible usar explicativamente la noción de condiciones de verdad, por ejemplo, para explicar la fiabilidad.

La diferencia entre el realismo naturalista que estamos proponiendo y la versión que propone Field es, como puede suponerse, mucho menor que la que nos separa de posiciones anteriores, pero es una diferencia que no puede obviarse, pese a la proximidad y pese al reconocimiento de la renovación que ha supuesto la teoría causal en la epistemología del siglo XX. El punto en el que programas naturalistas como el de Field discrepan del que estamos proponiendo estriba en la idea de que podemos eliminar el predicado y la propiedad **verdad** en favor de otra relación **R** de carácter causal que defina las condiciones necesarias y suficientes de aplicación del predicado **V** a un ítem representacional. La posición de Field entraña la sustitución del esquema tarskiano

«la nieve es blanca» es verdadera si y sólo si la nieve es blanca
por un esquema naturalizado como este

que «la nieve es blanca» sostiene la relación R con el ser blanca la nieve
(Field (1986) pg 74).

El conocimiento de esta relación tiene el mismo carácter que el conocimiento de si alguien tiene o no tiene dolor cuando afirma que le duelen las muelas, típica afirmación de la psicología *folk*. Pues bien, "módulo la teoría" que nos dice cómo la gente aplica ciertas palabras a ciertos procesos naturales, puede establecerse de manera suficiente, según Field, la existencia de esta relación. La verdad quedaría convertida en una propiedad funcional cuya adscripción se puede realizar de forma suficiente, del mismo modo que otras propiedades funcionales²¹. Desde el punto de vista de Field, pues, no habría diferencia entre la afirmación

Hay una propiedad neurofisiológica X que identifico como dolor
y la afirmación

Hay una relación causal R que identifico como verdad.

Reconozco que esta es la forma en la que la verdad puede aparecer en un contexto explicativo, y de hecho yo mismo sostendré la existencia de una microestructura **R** para la relación de verdad, a diferencia con el realismo causal, no creo que puedan establecerse condiciones suficientes para la adscripción de esta propiedad. Hay dos razones que no creo que pueda salvar al teórico reduccionista. La primera ha sido argumentada convincentemente por Putnam²²: la propia relación causal que fija la interpretación relevante puede depender de nuestra perspectiva. La noción de interpretación relevante es dependiente de una perspectiva, de manera que no podemos naturalizar la verdad refiriéndonos a ella. Podríamos hacerlo, desde luego, si abandonásemos la idea de que existe una identificación suficiente de esta relación

VERDAD Y EXPLICACION

y admitésemos la inclusión dentro de la relación de la perspectiva del sujeto. Abandonar la idea de perspectiva del sujeto es abandonar toda posibilidad de relacionar verdad y racionalidad. L. Bonjour (1985) ha puesto varios ejemplos de la irracionalidad de esta separación²³. La separación entre verdad y racionalidad puede naturalizar la verdad al precio de desnaturalizar la racionalidad. Pero nuestros procesos de control de inferencias —no es otra cosa la racionalidad— deben estar relacionados de una manera más estrecha con la verdad que la que se derivaría de la adopción de la perspectiva causalista.

La segunda razón, relacionada con la anterior, pero de carácter más general, es la que se deriva del hecho de que la verdad es una relación que se establece entre dos sucesos en virtud de la información que portan y no de las relaciones causales que sostienen entre ellos. F. Dretske ha sido quien ha mostrado convincentemente que la causalidad está implicada frecuentemente en el transporte de información, pero la información, como tal, es independiente de las relaciones causales. Por ejemplo, hay numerosísimas relaciones causales que entrañan pérdida completa de información. De hecho bastaría la sintonía con una regularidad tan accidental como lo son las convenciones causales para que existiera información: la convención de dos agentes de golpear tres veces la puerta es lo que informa a uno de ellos que es el otro el que llama: la causalidad aquí es accesoria. No obstante la existencia de relaciones causales es necesaria para que podamos considerar que la relación de verdad tiene una microestructura natural. En otro caso violaríamos el cierre causal de la realidad y, por ello, no podríamos usar la verdad en contextos explicativos. Pero no podemos reducir la verdad a estas relaciones.

La cuestión es, pues, cómo seguir considerando la verdad como propiedad explicativa y sin embargo no adoptar una perspectiva reduccionista.

Las dimensiones de la verdad

La verdad es una propiedad normativa que, como otras propiedades normativas, está determinada por el conjunto de los hechos, pero no se reduce a ellos. El realismo naturalista postula una teoría de la verdad como correspondencia en el sentido de que existe una microestructura natural de dependencia entre las representaciones y los hechos indicados por ella. La noción de correspondencia es el nombre que damos a esta relación, aunque el nombre no nos diga nada acerca de ella. Una teoría de la verdad no es diferente, en este sentido, a una teoría del bien. Sabemos que una acción es buena en virtud de sus consecuencias, pero ningún consecuencialismo ha tenido ni tendrá éxito en ética. Moore llamó **sobrevenida**²⁴ a esta relación: al determinar el conjunto de los hechos determinamos también los valores, pero los valores no se reducen a subconjuntos de las consecuencias de los hechos. En este mismo sentido podemos considerar la verdad como sobreviniente a una microestructura de relaciones físicas. La teoría de la verdad es parte de una teoría del flujo de información, para usar el término que ha popularizado Dretske²⁵.

La información es transportada por sucesos causales, pero es independiente de ellos. Reparemos, por otra parte, en que la relación entre un ítem representacional –un estado mental, una preferencia lingüística enunciativa– depende de varias dimensiones de carácter circunstancial o contextual, de perspectivas, si se quiere decir así. Por una parte está el propio sistema cognitivo: todo conocimiento es conocimiento personal, incluso cuando está almacenado en sistemas de convenciones lingüísticas intersubjetivas sometido a reglas impersonales. Está el contexto de la comunidad de sujetos cognoscentes a la que pertenece el sujeto, en cuyo seno tienen lugar los sistemas de control intersubjetivos y las adscripciones de contenido²⁶. Por último, pero lo primero en importancia, están las relaciones del sistema cognitivo con el medio. Estas relaciones hacen que el contenido de un ítem representacional adquiera contenido o significado. No es éste el lugar, desde luego, de exponer una teoría del significado basada en la noción de transporte de información, tal como han comenzado a desarrollar la semántica de las situaciones, pero sí de mostrar que únicamente podemos tener una noción de verdad como noción explicativa si ésta se apoya en una noción de significado como relación que forma parte de la estructura física de la realidad. Pero al tiempo no tenemos ninguna teoría de la correspondencia que desentrañe de manera suficiente las relaciones físicas que sostienen la adecuación de la información y, por consiguiente de la verdad. Estas relaciones físicas a las que sobreviene la verdad individualizan las perspectivas del sujeto, pero están más allá de las capacidades de una posible teoría.

Nos encontramos, de esta manera, ante una aporía aparente y real: necesitamos la verdad como propiedad que forma parte de la estructura causal del mundo, pero no podemos establecer las condiciones físicas suficientes de aplicación del predicado, único modo en el que concebimos la existencia de una teoría genuina de alguna parte de la realidad. La aporía surge de que debemos combinar el perspectivismo y la objetividad. Desde el punto de vista del realismo naturalista la pregunta de si es posible naturalizar la verdad nos remite a la cuestión de si es posible naturalizar una perspectiva. Las formas de naturalismo que hemos rechazado optan por una solución incorrecta, la de definir una perspectiva mediante otra, la de un tercer ojo, que exige otro... No hay aquí ninguna diferencia entre la naturalización que propone el realismo de la que persiguió el programa fenomenalista desde Berkeley y Hume, los primeros naturalistas hasta Mach. Tampoco es convincente la solución transcendental de la verdad como noción idealizada, vía que ha emprendido Putnam. Esta forma de transcendentalismo no es diferente en esencia al realismo metafísico que separa lo interno del mundo noumenal. Este es nuestro problema: fijando la estructura física de la realidad fijamos todas las perspectivas, por tanto también la verdad. Pero no podemos fijar una perspectiva en particular. El mismo caso nos ocurre con las capacidades explicativas de la verdad y por las mismas razones: puesto que el conocimiento es una parte de la estructura causal del mundo, podemos usar explicativamente la verdad como propiedad explicativa, pero al aplicarla a ítems particulares deja de ser una explicación genuina porque no disponemos de las

VERDAD Y EXPLICACION

condiciones suficientes de aplicación, más allá de la cláusula **ceteris paribus** que agrupa excesivas cosas como para convertirse en tal explicación genuina. La verdad, en el sentido realista, nos permite generalizaciones como la de que la verdad explica el éxito o las capacidades de acción intencional de los sistemas cognitivos, pero al aplicarla a tal o cual creencia, debemos fijar demasiadas cosas, de hecho el conjunto de perspectivas posibles.

* Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia
Universidad de Salamanca

NOTAS

- ¹ El llamado "programa fuerte" en sociología del conocimiento, identificado con varios investigadores de la Universidad de Edimburgo, ha defendido la teoría de que basta con la noción de prestigio interno para explicar todo el trabajo de la investigación científica (véase Barnes (1986)), pero hasta ahora no han tenido una respuesta convincente al argumento de la autorrefutación: ¿estarían dispuestos ellos y todos los sociólogos de la ciencia que sostienen esta idea, u alguna otra similar, a defender públicamente que sus únicos objetivos son adquirir mayor prestigio o poder?. Podrían defender alguna teoría freudiana de la reificación de valores, pero con ello no habrían detenido este argumento basado en la simetría de toda explicación social.
- ² Putnam (1978) ha sido el más conocido defensor de este argumento.
- ³ Véase Boyd (1983). La noción de esquema como estructura cognitiva ha ido adquiriendo cada vez mayor importancia en epistemología, al tiempo que en ciencia cognitiva. Un esquema contiene información, pero al tiempo se aplica a otros sistemas por analogía. Desde este punto de vista los métodos estarían determinados por los esquemas conceptuales, asimilados en forma de habilidades y recursos de trabajo de los sujetos cognoscentes. No obstante eso no convierte a los esquemas que se emplean como métodos en dependientes completamente de la teoría en la que se originaron. En otro caso sería inexplicable el transporte continuo de métodos que se observa entre disciplinas alejadas. La cuestión esencial sigue siendo que su fiabilidad no es posible explicarla si fuesen dependientes teóricamente.
- ⁴ Sosa (1991) cp 16 desarrolla una versión mucho más fina del fiabilismo que la que aquí presentamos. Se trata de considerar un sistema cognitivo desde el punto de vista de las virtudes intelectuales que el sistema posee, donde una virtud es la capacidad del sistema para generar un alto índice de creencias verdaderas, en relación con el índice medio de la comunidad y en relación con el medio ambiente en el que se produce la representación, desde la perspectiva del sujeto. Ello nos da una estructura relacional compleja, pero que permite solucionar la mayoría de las objeciones epistemológicas al realismo.
- ⁵ Stich (1990) pg 61.
- ⁶ No argumentaremos aquí sobre la conveniencia de adscribir la verdad a representaciones y actuaciones más que a oraciones. Véanse muy buenos argumentos en Field (1986) y Barwise y Etchemendy (1989).

- 7 Hay una vieja discusión en teoría de la mente y del significado acerca de si son suficientes los roles internos para determinar el contenido (solipsismo metodológico de Fodor) o si también se exige la relación con el medio para individualizar tal contenido, como postulan Putnam y Burge. Soslayaremos la discusión, pero presuponemos que esta segunda posición es la correcta. Una teoría del contenido presupone una teoría del flujo de información, que no podría desarrollarse en términos internalistas. La cuestión, no obstante es demasiado compleja como para resolverla siquiera por este rápido expediente.
- 8 H. Field (1980) sostiene que la concepción que Ramsey defendió de hecho es una versión propia de la teoría de la correspondencia: la verdad de una oración es el conjunto de sus condiciones de verdad. Tal vez Field pretenda llevarse el agua de la autoridad de Ramsey a su propio molino. Actualmente es M. Williams (1986) quien representa esta versión más dura.
- 9 Horwich (1990) pg 19. Horwich, sin embargo, se cura en salud acerca de las instanciaciones del esquema tarskiano que son permisibles, puesto que, como es sabido el esquema de Tarski aplicado a lenguajes naturales sigue permitiendo la aparición de paradojas, como ya mostró Kripke (1975). Pero esta restricción, motivada por su necesidad de definir la verdad en términos intralingüísticos únicamente será la trampa propia en la que cae el deflacionismo, puesto que necesitamos algunas oraciones autorreferenciales, en las que aparece la verdad, como argumentaremos más abajo.
- 10 Horwich (1990) pg 23.
- 11 Es muy discutible que la reformulación de Horwich constituya una explicación sin decir nada respecto a cómo la creencia de una regularidad se transforma en regularidad desentrecomillada; a menos que esté presente implícitamente el término verdad en su sentido realista. En otro caso Horwich está ateniéndose únicamente a la formalidad de estructura de la explicación. Dejemos no obstante esta objeción a un lado en aras del argumento principal.
- 12 E. Sosa (1991) ha formulado un punto de vista como el que aludimos, a pesar de que él defiende una concepción correspondentista.
- 13 "What can justly be said is that the adjective «true» is dispensable when attributed to sentences that are explicitly before us. Where is not thus dispensable is in saying that all or some sentences of such and such a specified form are or not true, or that someone's statement unavailable for quotation was or not true, or that the libels laws do not apply to true statements or that you will tell the truth, the whole truth and nothing but the truth, so help you god. In such contexts, when paraphrased to fit PREDICATE LOGIC, what stand as subject of the truth predicate is not a quotation but a variable. It is there the truth predicate is not be lightly dismissed" Quine (1987) pg 214.
- 14 Nos encontramos aquí en una situación inversa a la que indicaba Neurath cuando en su discusión sobre las oraciones de protocolo afirmaba que solamente una entidad lingüística puede justificar a otra entidad lingüística. El problema ahora es cómo una entidad lingüística puede explicar algo que no es lingüístico, a menos que presupongamos una propiedad que conecte ambas.
- 15 Dummett define esta perspectiva, de la que es el defensor más conocido: "Were we have abandoned altogether the attempt to explain the meaning of a statement by laying down its truth-conditions, we no longer explain the sense of a statement by stipulating its truth-value in terms of the truth-values of its constituents, but stipulating when it may be asserted in terms of the conditions under which its constituents may be asserted".

VERDAD Y EXPLICACION

- 16 Hay dos formas de fiabilismo, una estructural, como la defendida por A. Goldman (1986) y Sosa (1991b) y otra evolutiva, como la defendida por Millikan (1984) y Papineau (1989).
- 17 Neurath (1959).
- 18 Hempel (1934-35). Citado por Bonjour (1985). En este libro, amén de exponerse en términos muy claros una teoría de la coherencia, se encuentra un resumen histórico de esta teoría muy útil.
- 19 Hartry Field ha sido el filósofo que ha presentado las versiones más elaboradas de esta perspectiva, y de aquí que nos refiramos a su concepción, más que a otras: Field (1972) y, sobre todo, (1986).
- 20 "It is assumed that to explain what makes an interpretation relevant one must invoke something like causal networks of information between the parts of the sentence and the entities assigned to those parts in the interpretation in question" H. Field (1986) nota 55.
- 21 Field está aquí suponiendo la versión del funcionalismo de Lewis (1970) y (1972): la referencia se establece cuando hay un estado tipo que satisface un conjunto de creencias que comparten una comunidad de usuarios del término.
- 22 Putnam (1990) pgs 82 y sg.
- 23 Véase la crítica al fundamentalismo de carácter externalista en Bonjour (1985) cp. 3. En él se presentan varios casos en los que una persona cree que tiene la facultad de clarividencia y es capaz de adivinar sucesos lejanos. Un acierto casual se aduce como prueba de esta facultad. En otros casos ocurre lo contrario: su racionalidad le prohíbe creer en estas cosas, cuando de hecho la tiene. Los varios casos argumentan en favor de la necesidad de considerar la perspectiva interna en toda adscripción de relaciones causales externas.
- 24 La teoría de la verdad como correspondencia en tanto que relación sobreviniente ha sido defendida recientemente por E. Sosa (1991), pero sus orígenes se remontan también a Moore.
- 25 Quien esté al tanto de la reciente filosofía del lenguaje sabrá que este es el programa de la semántica de las situaciones desarrollada por J. Barwise y J. Perry.
- 26 Si la verdad depende del contenido, el contenido no sólo está fijado por el conjunto de relaciones internas sino, como sabemos desde Burge, también por las relaciones sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Barnes, B. (1986) **Sobre Ciencia**. Barcelona: Labor.
- Bonjour, Laurence (1985) **The Structure of Empirical Knowledge**. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Boyd, Richard (1983) "On the Current Status of the Issue of Scientific Realism" **Erkenntnis** 19 45-90.
- Carnap, Rudolf (1956) "Empiricism, Semantics and Ontology" en **Meaning and Necessity** v. esp. en J. Muguerza (comp) **La concepción analítica de la filosofía**, vol. II, Madrid: Alianza, 1974: 400-419.

- Davidson, Donald (1986) "A Coherence Theory of Truth and Knowledge" en E. Lepore (ed) **Truth and Interpretation. Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson**. Oxford: Blackwell.
- (1990) "The Structure and Content of Truth" **The Journal of Philosophy** 87 279-328.
- Dretske, F. (1988) **Conocimiento e Información**. Barcelona: Salvat.
- Dummett, M. (1959) "Truth" repr. en **Truth and other Enigms**. Oxford: Blackwell (1978).
- Field, H. (1972) "Tarski's Theory of Truth" **The Journal of Philosophy** 69 347-75.
- (1986) "The Deflationary Conception of Truth" en MacDonald, G. & C. Wright (eds) **Fact, Science and Morality**. Oxford: Blackwell.
- Forbes, Graeme (1986) "Truth, Correspondence and Reality" en G. MacDonald & C. Wright (eds) **Fact, Science and Morality**. Oxford: Blackwell 27-54.
- Goldman, Alvin (1986) **Epistemology and cognition**. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Gould, Stephen (1983) **El pulgar del panda**. Barcelona: Blume; original de (1977).
- Hempel, C. (1934-35) "On the Logical Positivists' Theory of Truth" **Analysis** 2 49-59.
- Horwich, Paul (1990) **Truth**. Oxford: Blackwell.
- Kripke, Saul (1975) "Outline of a Theory of Truth" **The Journal of Philosophy** 72 690-716. Reimp. en R. M. Martin (ed) **Recent Essays on Truth and Liar Paradox**. Oxford: Clarendon.
- Lewis, David (1970) "How to Define Theoretical Terms" **The Journal of Philosophy** 67 y en **Philosophical Papers I**. Cambridge MA: Harvard University Press.
- (1972) "Psychophysical and Theoretical Identifications" **Australasian Journal of Philosophy** 50 249-258. Y en N. Block (ed) (1980) **Readings in Philosophy of Psychology I**. Cambridge MS: Harvard University Press.
- Millikan Ruth G. (1984) **Language, Thought and Other Biological Categories. New Foundations for Realism**. Cambridge: MIT Press.
- Neurath, A. (1959) "Proposiciones protocolares" en A. Ayer (comp) **El Positivismo Lógico**. México: F. C. E..

VERDAD Y EXPLICACION

- Papineau, David (1989) **Reality and Representation**. Oxford: Blackwell.
- Putnam, Hilary (1978) **Meaning and the Moral Sciences**. Oxford: Routledge and K. Paul.
- (1990) "The Causal Structure of the Physical" en **Realism with a Human Face**. Cambridge: Harvard University Press.
- Sosa, Ernesto (1991a) "Truth in Epistemology" ponencia presentada en la IV Conferencia de la Sociedad Filosófica Iberoamericana. Salamanca, 1991.
- (1991b) **Knowledge in Perspective**. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stich, Stephen (1990) **The Fragmentation of Reason**. Cambridge MA: MIT Press.
- Williams, Michael (1986) "Do (We) Epistemologist Need a Theory of Truth?" **Philosophical Topics** 14 223.